

Con ganas de vivir *Patricia Andrea López Torres'*

Leonardo vivía en Villavicencio con el abuelo y dos hermanas. Desde pequeño cuidaba a sus hermanas para que su abuelo no las golpeará en las noches cuando llegaba borracho. Sus padres mantenían viajando, dándose la gran vida. Cuando tenía diecisiete años empezó a salir con amigos del colegio. Rumbeara dos o tres veces a la semana, y como en la casa no le decían nada continuaba saliendo y emborrachándose. En la medida que avanzaban en su vida libertina, empezaron a tener relaciones sexuales con muchachas del colegio. En una de esas noches de embriaguez, Leonardo, por demostrar su hombría ante sus compañeros, y por la constante burla de ellos que decían que era homosexual porque todavía no se había acostado con una mujer, decidió hacerlo con una compañera muy "experta" en el tema, que tenía su misma edad.

- Pasaron tres meses y Carolina, la joven de aquella noche, tuvo problemas en el colegio y la expulsaron. A los seis meses me dijeron que se había muerto. Yo muy inocente pregunté la causa de su muerte -dice Leonardo, deteniéndose un momento y aspirando fuertemente un cigarrillo- o La respuesta a esa pregunta me la dieron rápido: había muerto de Sida. En ese instante recordé con gran arrepentimiento la noche que estuve con ella. Para mí fue muy duro porque yo no tenía conocimiento claro de esta enfermedad: lo que sabía era que se transmitía sexualmente y que servía para discriminar, señalar y rechazar a la gente.

Le contó a sus amigos lo que había pasado, pues recordó que ese día no había utilizado protección. Lo primero que hicieron ellos fue rechazarlo y darle la espalda. En su casa lo echaron y lo catalogaron de homosexual y drogadicto intravenoso.

Luego visitó al médico quien lo mandó a sacarse el primer exa-

¹ Cali, 1982. Estudiante de Ingeniería Telemática, Universidad Icesi, Cali.

men, que salió negativo. En ese momento, Leonardo pensó que de verdad esa enfermedad no era para él, pero después de un rato el médico le dijo: "Tenemos que llevar un control durante un año, desde el momento que tuviste la relación. Tienes que hacerte un control cada tres meses, hasta llegar al año. Sólo así estaremos seguros de que no eres portador del virus": Leonardo ya se había hecho a la idea de que estaba bien, pero el médico le había explicado que esta enfermedad era una ventana inmunológica, es decir que cuando el virus entra al organismo se camufla y no se deja detectar en corto tiempo.

A medida que iba pasando el tiempo, Leonardo se fue metiendo en el mundo de las drogas y el alcohol. Dormía en las calles, andaba sin rumbo, nadie quería saber nada de él. En ese tiempo había mucha ignorancia sobre el Sida, a la gente le daba miedo compartir las cosas con un portador del virus porque creían que se iban a contagiar. A su familia le daba vergüenza de él, les daba pena de lo que pensarán los demás.

—Ante el desespero de todo lo que me estaba sucediendo, y sentir que realmente estaba solo, sin apoyo de nadie, un día decidí subir al edificio de la Beneficencia de Villavicencio para suicidarme, pero hubo algo que no dejó que me tirara: todavía existía la esperanza de vida, me faltaban unos meses para terminar el control y saber si definitivamente era portador o no. Después de un tiempo, conocí a alguien que fue una luz para mí. Esta persona que pertenecía a un grupo de oración me sugirió que fuera a una fundación en Bogotá. "Allá te pueden ayudar": me dijo y me regaló los pasajes.

Al llegar a la fundación fue bien recibido. Con el apoyo que le dieron, logró dejar las drogas y el alcohol. Sin embargo, no fueron tanto las terapias que lo rehabilitaron, sino las ganas de salir adelante y la fe que le puso a la vida. Porque si quería seguir viviendo tenía que acabar definitivamente con esos vicios. Empezó a hacer las vueltas para realizarse los exámenes; un día estuvo en "El Sonet": Esa visita fue otro motivo para pensar en acabar con su vida.

—Ver esas personas adultas con pañales desechables, imposibilitados de comer por su propia cuenta, me inquietó; pensar que yo, tan joven, iba a estar en esas mismas condiciones, que en cualquier momento también iba a estar postrado en una cama al igual que ellos, sin poder moverme, me desanimó. De verdad es muy duro ver a esas personas.

Fuera de esto, en la clínica recomendaban una asesoría antes y después del examen, pero Leonardo no contaba con nadie que le diera esa voz de aliento. Por el contrario, escuchó palabras muy hirientes por parte de los médicos. Le decían: "Usted no se haga ilusiones ni esperanzas, usted tiene Sida".

Estas dos situaciones lo llevaron por segunda vez a querer quitarse la vida, pero sentir el cariño y apoyo de otras personas que no eran nada de él, llenó mucho su corazón. Leonardo estuvo en el cuarto donde están los bebés recién nacidos: niños de un mes, un año y ya eran un problema para aquellas personas que sólo sirven para juzgar y señalar los problemas de otros. Ver a esos niños que apenas empezaban a vivir, inocentes de todo, lo hizo ganar valor y reflexionar: "¿Si un niño está enfrentado a este problema, por qué no lo puedo enfrentar yo?". Las ganas de vivir y luchar lo hicieron pensar que si llegaba a ser portador, hasta ahora empezaba a vivir, su vida no acababa aquí. "Vaya tener una nueva vida", se dijo, "vaya encontrarle un verdadero significado a la vida".

—Confieso que a veces pensaba que era un castigo de DIOS —dice—, pero me di cuenta que no era así, que era un llamado a mí mismo para mirar qué era lo que estaba haciendo con mi vida y también para ser una voz de aliento para muchos jóvenes que se encuentran en la misma situación.

Cuando pasó el año, fue a sacarse el Western Blot.

—Este examen es el llamado confirmatorio, pues define si se es portador o no. Ya me había hecho a la idea que era portador; sin embargo, dentro de mí había algo que me decía que no, que habla una pequeña esperanza de luz. Y sucedió algo raro: ese examen tan decisivo resultó indeterminado. En ese momento se estaba formando un boroló en mi cabeza y me pregunté: "¿Qué diablos está pasando? Dios mío, ayúdame, ayúdame, que no vaya a ser portador". Y le hice miles de promesas a Dios para que no fuera verdad.

A la semana siguiente lo mandaron a sacar otro examen, el Ehsa para VIH. Los resultados de todos los exámenes que le habían practicado anteriormente se los entregaban las enfermeras a la semana siguiente sin ningún problema, porque salían negativos. Cuando fue por los resultados de este último examen, la enfermera le dijo: "Venga en 15 días". Luego: "Venga en 20 días". Y así lo tuvieron por más de dos meses. Un día Leonardo no aguantó más y le dijo a la enfermera:

"Hágame el favor y me entrega los resultados, dígame si sí, o si no". La enfermera le respondió: "Lo que pasa es que no hay ningún doctor en el momento que lo pueda atender, venga en una semana".

- Yo, desesperado por la angustia, decidí entrar abusivamente al cuarto donde estaban los resultados. La enfermera me vio y me dijo: "Espere yo le llamo a un médico". "Pero, señora, los otros resultados me los han entregado las enfermeras, ¿por qué usted no me lo puede dar?", le pregunté, y me respondió: "No, es mejor que hable con un médico".

Pasaron unos cuantos minutos que para mí fueron eternos, la angustia me carcomía.

Un doctor de apariencia muy ruda me hizo pasar a su consultorio, me pidió que me sentara y sin algún preámbulo me dijo: "Leonardo, ¿usted sabe lo que significa Sida? Usted tiene Sida".

Para ese entonces, Leonardo ya sabía la diferencia entre tener el virus y tener Sida. En la fundación le habían explicado que el virus de inmunodeficiencia humana entra al organismo y la persona puede convivir con él por mucho tiempo si se tienen ciertos cuidados. En cambio, el síndrome de inmunodeficiencia adquirida es cuando el virus es más fuerte que las defensas de la persona, es decir, cuando ya se está en estado terminal.

- Al escuchar las palabras del doctor se me vinieron las lágrimas, se habían derrumbado todas mis esperanzas e ilusiones, pensé que pronto me iba a morir, tal vez mañana o pasado mañana, ya me veía postrado en una cama sin poder hacer nada, porque cuando te dicen esas palabras es como si le dijeran a uno que está muerto, pero en vida. Bajé las escaleras, corrí a comprar cigarrillos, recuerdo que me fumé una cajetilla entera en una hora, me puse a caminar y a pensar y pensar... y llegué a la conclusión que tenía que salir adelante, demostrar que ser portador no implica que no se pueda hacer cosas normales, como trabajar, estudiar, divertirse, como cualquier otra persona.

De vez en cuando lo llama su madre. Antes él iba a visitarlos para intentar una reconciliación con ellos y siempre era el mismo rechazo, pero desde el día que su padre le dijo: "Yo ya no tengo un hijo, para

mí, tu estás muerto, ya te enterré y no quiero saber nada de ti", Leonardo decidió dejar las cosas así y no hacerse más daño. Prefiere no seguir insistiendo, dejar que cambien y sean ellos que lo busquen..

De sus amigos de Villavicencio nunca volvió a saber nada. Sin embargo, ese vacío lo han llenado dos amigos muy especiales de la fundación, ellos le han brindado una amistad incondicional; esto es lo que lo hace más feliz, saber que cuenta con grandes amigos aunque ya no los ve constantemente porque hace tres años decidió venirse a Cali. Leonardo sabe que siempre contará con sus amistades y, además, en esta casa ha recuperado el amor de familia que habla perdido.

- Ha sido difícil tener una pareja sentimental, he conocido a muchas mujeres. Las invito a salir, a comer helado, a cine, pasa el tiempo y uno se va enamorando, pero llega un momento en el que, antes de compartir una sexualidad, tienes que ser sincero con esa pareja. Yo las entiendo porque todas las personas sienten miedo, pero para mí es muy difícil porque nunca puedo tener una relación estable y siempre estoy con temor de que me rechacen.

Mi sueño siempre ha sido que algún día inventen la cura para esta enfermedad y poder formar un hogar y tener mi propia familia.

Leonardo ha tenido dos recaídas muy fuertes. La primera duró un mes, y la segunda, mes y medio. Ha estado muy delgado, ojeroso, enfermo, pero en las fundaciones le han enseñado que se debe aprender a manejar la enfermedad y no que la enfermedad maneje a la persona.

- Uno dice que ya está preparado para afrontar esos momentos, pero eso es mentira, uno siempre va a sentir miedo porque siempre se tiene en la cabeza la idea de que ya llegó la hora. Siento miedo al pensar que cuando llegue el momento, mi madre me vea en agonía, frustrado en una cama. Yo no quiero que ella sufra y sienta arrepentimiento, por eso le pido a Dios que el día que me tenga que ir, primero se acuerde de ella y después de mí.

En cuanto a los medicamentos, no siempre cuenta con ellos. Mensualmente una persona que contrae el virus, para prolongar y tener una mejor calidad de vida necesita de uno a dos millones de pesos para los remedios. A pesar de que sus padres gozan de una buena

situación económica, nunca lo han ayudado para sus tratamientos. Una vez que viajó a Villavicencio a visitar a su madre, Leonardo vio guardado en un cuarto una buena cantidad de dinero. Él sólo espera que algún día ella se acuerde que sus tratamientos son muy costosos, porque aunque la fundación siempre ha tratado de conseguir los medicamentos que necesitan los portadores, a Leonardo, en este tema, siempre le hace falta dinero.

-No soy de los que van los domingos a misa a darse golpes de pecho, de esos que al otro día están pecando. El día que voy es porque me nace de todo corazón y lo hago con mucha fe, porque siempre he sentido que Dios ha estado allado mío. Él me ha dado una luz de esperanza para poder seguir luchando y cumplir todos mis sueños.

En estos nueve años ha realizado un curso de auxiliar de enfermería, y cuando necesitan de su ayuda colabora con los pacientes.

A veces, también da su testimonio en las conferencias, sobre todo a jóvenes, porque le gusta que ellos tomen conciencia de lo que están haciendo con sus vidas y sus cuerpos. También pinta cerámicas, lo que más le gusta hacer.

Todavía existen muchas personas irracionales que discriminan a los portadores. Una vez en un pueblo cerca de Neiva, la casa donde estuvo viviendo durante un tiempo junto con los otros portadores, la incendiaron y los amenazaron de muerte.

A Leonardo le colocaron un revólver en la cabeza y le gritaban: "No los queremos, largo de aquí, sidosos":

- Hoy en día ya casi no me importa lo que diga la gente -dice con una profunda mirada de resignación-o Uno se tiene que acostumbrar, pero a veces me afecta que me estén señalando, porque frecuentemente las personas lo quisieran tener a uno metido en un traje de astronauta, donde no pueda salir nunca de ese disfraz. Si esta enfermedad se contagiara así como muchos piensan erróneamente, ya un buen porcentaje de la humanidad la tendría también. Yo siempre he dicho: "Mirémonos a nosotros mismos, observemos qué es lo que estamos haciendo con nuestras vidas. Vivir no es llevar una sexualidad libertina, hay que ser fieles a nuestras parejas y, sobre todo, a nosotros mismos". La idea es querer y respetar nuestro propio cuerpo.

Hoyes sábado, día de organizar la casa. Leonardo se ha ido a ayudar pero también se ha ido a seguir luchando por su vida, lleno de

fortaleza como siempre. Sabe que saldrá adelante con o sin la ayuda de sus padres, cumpliendo con su sueño de tener su propio taller de cerámica y esperando que algún día encuentren la cura para esta enfermedad mortal, para así poder formar una familia muy diferente a la que tuvo.

Junio de 2003